





1993

● Andrés Henestrosa Morales

Poeta, narrador, ensayista, orador e historiador, servidor público, maestro, representante popular y permanente hombre de acción. Sus comentaristas coinciden en que Los hombres que dispuso la danza “recreó e inventó, en prosa llena de brío y eficacia narrativa, cuentos y leyendas de su tierra zapoteca, tomados del acervo popular.”

Nació en Ixhuatán, Oaxaca, el 30 de noviembre de 1906. Hasta los quince años de edad habló exclusivamente lengua indígena.

Henestrosa inició su educación bajo la concepción que a esta actividad le imprimió la triunfante Revolución Mexicana, como medio igualitario de oportunidades para la superación social e individual. Obtuvo de su paisano, el Maestro José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación Pública, una beca para estudiar en la Ciudad de México. Se formó en la Escuela Normal de Maestros y en la Universidad Nacional, en la cual, al lado de los jóvenes de su generación, luchó en 1929, por la autonomía universitaria.

En atención a sus logros y merecimientos académicos, obtuvo una beca de la Fundación Guggenheim de Nueva York, lo que le permitió realizar, entre 1936 y 1938, un trabajo pionero e igualado sobre la fonetización del idioma zapoteco, a partir del cual preparó el alfabeto y un breve diccionario zapoteca-castellano. Su contribución resultó útil para avanzar en la enseñanza del español a las comunidades zapotecas de su tierra.

Su obra literaria comprende relatos, ensayos, antología y periodismo. En el primer grupo destacan, además de Los hombres que dispuso la danza, 1929; Retrato de mi madre, 1940; Los cuatro abuelos (carta a Griselda Álvarez), 1960; Sobre el mi (carta a Alejandro Finisterre), 1963; Obra completa (opúsculos hasta 1972); Una confidencia a media voz (carta a Estela Shapiro), 1973; De Ixhuatán, mi tierra, a Jerusalén, tierra del Señor, 1976; El



remoto y cercano ayer (reunión de las cartas anteriores), 1979; El maíz, riqueza del pobre, 1981, y Carta a Cibeles, 1982.

Publicó los siguientes ensayos: Periodismo y periodistas de Hispanoamérica (En: George Weill, El diario. Vida y función de la prensa periódica), 1941; Los hispanismos en el idioma zapoteco, 1964; Acerca del poeta y su mundo, 1965; Los caminos de Juárez, 1970; De México y España, 1974; Espuma y flor de corridos mexicanos, 1977, y Don Emilio (biografía de Emilio Lanzagorta Unamuno. En: Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao), 1980.

En colaboración con Ermilo Abreu Gómez, Jesús Zavala y Clemente López Trujillo, publicó, en 1964, la antología Cuatro siglos de literatura mexicana; prologó una veintena de libros.

Fundador y director de numerosas publicaciones culturales. En 1964 se le dio el grado de académico de número en la Academia Mexicana de la Lengua y, desde hace más de cincuenta años, publicó artículos periodísticos en diarios y revistas de circulación nacional e internacional. Una colección de sus artículos titulada Alacena de minucias, fue publicada en 1970. Asimismo, Divagario en 1989.

En el servicio público fungió como Jefe del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, de 1952 a 1958. Como representante popular, fue electo Diputado Federal a las XLIV, XLVI y LIV Legislaturas del Congreso de la Unión, así como Senador de la República a las Legislaturas LII y LIII.

Al analizar el trayecto histórico de la vida del Maestro Andrés Henestrosa, nos ha llamado poderosamente la atención el mérito de haber alcanzado el grado de académico en una lengua que aprendió a los quince años de edad. Es la síntesis y la prueba fehaciente de la fusión que hay en su persona de lo indígena y lo español, que hace posible lo mexicano, donde cada raíz tiene su peso y su valor para que lo distinto, lo propio, un nuevo pueblo, surja de esos antecedentes.

En el Quinto Centenario del Encuentro de las Culturas Mesoamericana y Europea, su vida y su obra son ejemplo de síntesis de los valores culturales de México, cuya presencia y fortaleza son sustento del nacionalismo que fortalece la permanencia del pueblo mexicano en el concierto internacional.

México, la Patria, es una pluralidad de naciones. Acerca de ella, Andrés Henestrosa escribió que "es la suma de sus provincias; las patrias chicas sumadas dan la grande: la tierra de todos, la Patria." Coleccionista de "paisajes, miradas, sonrisas", la obra de Henestrosa es "una tempestad de sol, de luz, de azul" venida de Oaxaca, de su Istmo de Tehuantepec, de Ixhuatán.

La obra del galardonado confirma que "la Nación mexicana tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas."

La vida y obra de Henestrosa nos une y nos identifica ante nuevas etapas del desarrollo nacional.

"Los indios creen que los muertos no se van del todo si una gran culpa, si un gran amor dejaron en la tierra. Y Arnulfo Morales, mi padre, habrá dejado aquí a seis hijos y a una viuda. Y era posible que en las noches de luna volviera al rancho para verlos." En Retra-



to de mi madre, Henestrosa relató los primeros años de su vida hasta llegar a la decisión de salir para la capital de México, a ganar su destino indígena e hispánico, doble lealtad que profesa con orgullo. El testimonio de su vida fue, al mismo tiempo, el testimonio de una época y de la síntesis de dos culturas cuyo encuentro fecundo lleva más de quinientos años.

Miguel Ángel Asturias señaló que Henestrosa se anticipó en América Hispana a decantarse con instrumentos literarios las leyendas de nuestros indios, en la que fue su primera obra, *Los hombres que dispersó la danza*.

También se ha dicho de él que es un "escritor de estilo sobrio e ideas precisas, es un periodista de pluma ágil y certera." En efecto, la obra literaria de Andrés Henestrosa se complementó con sus tareas de docencia y su cotidiano, fructífero, prolífico, oficio periodístico, nunca detenido ni por el servicio público ni por la acción política, que ha estado dedicado fundamentalmente a Oaxaca, entidad federativa en cuyas siete regiones habitan diecisésis grupos étnicos que se distinguen entre sí por su lenguaje propio.

La memoria de Juárez, el indio zapoteca nacido en la sierra que ahora lleva su nombre, también ha sido exaltada por Andrés Henestrosa, el indio zapoteca del Istmo de Tehuantepec. Es así como el alma indígena zapoteca ha contribuido a definir y a describir el perfil de una Nación, que reconoce la deuda de solidaridad que tiene con Oaxaca. Murió el 10 de enero de 2008.

DISCURSO DE LA C. SENADORA IDOLINA MOGUEL CONTRERAS

"No me llores, no; no me llores, no; no llores sobre mi tumba, no llores porque si lloras yo peno; en cambio, si tú me cantas yo siempre vivo, yo nunca muero." La Martiniana, Andrés Henestrosa, 1957.

Con su venia, Señor Presidente del Senado; ciudadano Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; ciudadano Presidente de la Honorable Suprema Corte de Justicia de la Nación; ciudadano Presidente de la Cámara de Diputados; ciudadanos servidores públicos de los tres niveles de Gobierno de la nación; señoras y señores:

El Senado de la República exalta este día la memoria de uno de sus miembros que en momentos aciagos para el país enarboló, con dignidad suprema, los ideales democráticos que nutren al México moderno.

Belisario Domínguez simboliza la lucha contra la dictadura, que no ha vuelto a vulnerar los valores esenciales conductores de nuestra convivencia.

Es, en palabras de Andrés Henestrosa, el mártir que reencuentra "el derecho escarnecido, para devolverle a la Patria el decoro ultrajado, (y) para restituir al hombre, el orgullo de la condición."

Quienes estamos aquí reunidos, compartiendo con nuestros compatriotas la responsabilidad de que nunca más puedan repetirse actos como los que llevaron sacrificio al Senador chiapaneco.



Al efecto, la reforma del Estado y la modernización de la sociedad constituyen los mejores baluarte, para asegurar una Nación más democrática y más justa para las generaciones de los años por venir.

Es un futuro que se construye hoy, gracias a las aportaciones fecundadas de los mexicanos singulares que “con su ciencia y su virtud, sirven a la Patria y a la humanidad, en grado eminente.”

Andrés Henestrosa “ha encaminado los caminos” del siglo, desde su natal Ixhuatán, pueblo suriano, que lo envolvió en los colores de esa tierra prodigiosa, donde aprendió a sentir y a pensar, y a expresarse en la extraña lengua huave y en la lengua zapoteca, dulce y musical, síntesis del ritmo y la cadencia del istmo oaxaqueño, allí, aprendió a identificarse el amor maternal con el amor místico de la tierra. Ambos, le inspiran algunos de los más bellos renglones de la lírica nacional.

Las calles terrosas de Ixhuatán, miraron pasar la infancia soñadora de Andrés, de la mano materna de Martina Henestrosa, cuya ausencia-presencia lo acompañará siempre.

Allí germinó lírico. De allí, el tono menor de la poesía indígena, reiterada en los versos que cantamos con nostalgia los oaxaqueños de hoy:

¡Niña, cuando yo muera no llores sobre mi tumba, cántame un lindo son, ¡Hay mamá!
¡Cántame la zandunga!

¡Cómo deviene el deseo de curar la tristeza con la tristeza; ¡Cómo evoca a la madre tierra con el recuerdo constante de Martina Man!

Y aquí está Martina Henestrosa, maestro, entre Alfa y Cibeles, familia entrañable. Nombres clásicos. Nobles rostros istmeños. Como aquel que un día engalanó nuestros antiguos billetes de diez pesos.

Las mujeres del istmo, las que caminan en verso al decir del maestro, se retrasan en la canción popular, género literario y musical que Henestrosa reivindica:

“Las canciones -dice- tienen perfume, calor, distancia. Las hay que huelen a rosa, a mirto, a amaranto... unas parecen cercanas, y otras, lejanas, con un color de horizonte, azules. Todas en un instante regresón, si es que alguna vez se fueron de nuestro pecho....”

Muchas canciones ha compuesto Don Andrés. Letra y música.

Hay una, distinta, cadenciosa y rítmica en donde se remueven las gotas de sangre africana que el maestro dice tener:

“Cuando salí de mi tierra el cielo pintaba azul; las juchitecas lucían oro, coral bambú. Y si alguien me preguntara las cosas que tienes tú, al punto les contestara oro, coral y bambú, oro, coral y bambú.”

Por esas raíces muestra a las que permanece fiel; por esas síntesis de las culturas que encontraron hace medio milenio y por su esmero cuidadoso en el uso de la lengua española, la Nación reconoce en Andrés Henestrosa, su aportación fundamental a la comprensión entre los hombres y el enriquecimiento de la cultura mexicana.

La obra literaria de Henestrosa reproduce magistralmente, la paradoja de alcanzar lo universal a partir de vivencias cotidianas en el ámbito local.



El realismo mágico de las culturas zapoteca y española, se plasmaron en los hombres que dispersó la danza, obra de su madura juventud. Relatos que él contaba en la lengua recién aprendida y que el Maestro Antonio Caso lo cominó a escribir.

En esos tiempos, a pocos años de haber abandonado el solar nativo, Andrés Henestrosa se encontró inmerso en la lucha pionera por la autonomía universitaria, más tarde elevada al rango de garantía constitucional.

El intelecto, no cabe duda, tiene que ser libre para ponerse al servicio de la transformación de la sociedad.

La cercanía del Maestro de América, José Vasconcelos, cautivó el entusiasmo del joven oaxaqueño, que encontró y reforzó dentro de sí mismo la devoción por los clásicos, la productividad para fundar bibliotecas y una clara vocación de educador.

En rigor, Henestrosa, "es un autodidacta... los verdaderos intelectuales, tienen que ser autodidactas. Siempre que ganaba un peso -relata- compraba un libro y un pan."

En cuanto a su vocación de educador, deseo recordar a Don Andrés Henestrosa como el maestro de literatura que, en la Normal Superior, fortaleció en varias generaciones de profesores el amor a México. Así, nos hizo desentrañar el germen de lo mexicano, más allá del folklore, en los versos perfectos del más lúcido pensamiento de la América novahispana.

Así descubrimos emocionados la gestación de una Patria, la nuestra, que como la décima musa vivía en un círculo de contradicciones: Se enclaustraba para lograr su libertad y luchaba denodadamente por ser lo que era y que no la dejaban ser.

Domina en la obra de Henestrosa su producción periodística, fruto del oficio diariamente reiterado de interpretar y describir. Hay sin embargo en ella, una búsqueda permanente del alma nacional expresada en formas de belleza singular.

Andrés Henestrosa intuyó en el mester del periodismo el oficio democrático y democratizador por excelencia: Informar y formar a la sociedad: ¡Poderoso el hombre bien formado! ¡Soberano el pueblo mejor informado!

Escritor acucioso en su periodismo artístico, crea cuadros de costumbres, efemérides, ensayos de crítica política y científica, literaria y lingüística, recuerdos, fábulas y aún crónica social, condensados en una prosa personal y tersa que le ha merecido un lugar en la Academia Mexicana de la lengua.

Andrés Henestrosa, académico de una lengua que no es lengua materna. ¡Hazaña singular!

Pero también -agregamos- su libertad de espíritu, la fidelidad a sus raíces y su ejemplo de permanente actividad en la lucha por los derechos humanos, que todo ello es parte de su legado personal.

La obra de Henestrosa es una contribución del nacionalismo mexicano. Nacionalismo incluyente, constructivo, contrastante con los nacionalismos ultranza que hoy por hoy ensombrecen nuestro mundo.

Pero Henestrosa es también combate y testimonio político al servicio de la Revolución Mexicana en la administración pública y en la representación popular.



Hombre de acción vinculado e una ideología, a una concepción de la realidad mexicana que se renueva para responder mejor a los retos del futuro.

En el umbral una nueva etapa de la historia de la Nación, la obra de Henestrosa nos ratifica lo específico mexicano, desde donde habremos de asumir los retos de la apertura y de la globalización que no podemos, ni debemos postergar.

De esta Asamblea, cuya pluralidad política -muy pronto fortalecida y renovada -es signo inequívoco de la vigencia democrática de México, bajo el Gobierno del Presidente Carlos Salinas, surge unánime el reconocimiento a la vida y a la obra del Maestro Andrés Henestrosa, quien ha dicho: "(tengo) esa vaga certeza de que no he escrito en el viento, ni he escrito en el agua, que alguna forma de mi huella y de mis pies, ha de quedar sobre esta tierra de México...."

Debo recordar finalmente aquel poema prehispánico, a propósito de nosotros mismos:

"Podrán cortar nuestros frutos, mutilar nuestras ramas, incendiar nuestro tronco, pero nuestras raíces... permanecerán."

Andrés Henestrosa pertenece a esa raíz. Muchas gracias.

DISCURSO DEL C. ANDRÉS HENESTROSA MORALES

C. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de la República; C. Presidente de la Cámara de Senadores; señores representantes de los poderes Legislativo y Judicial; señores Secretarios de Estado; señoras y señores:

Nunca fue fácil ni venturosa nuestra historia. Difícil y desventurada ha sido. Decir que está escrita con lágrimas y sangre no es un recurso retórico sino la expresión de una esencia verdadera. En vigilia hemos vivido, atentos a las asechanzas del exterior y del interior. Nuestra historia se escribe todos los días: es un cotidiano plebiscito para renovar la decisión de ser libres, independientes, soberanos: dueños de nuestro destino.

La historia de México, la que puede considerarse su historia moderna, se inicia con una invasión, una conquista y una colonia, en la que tras de dolorosos conflictos queda definida nuestra nacionalidad: no otro que el venturoso mestizaje de sangres, lengua, espíritu. Un mestizaje en que prevalece lo indio, principalmente de sangre: lo dan los vieneses del Perú y de México, puesto que los conquistadores vinieron solteros.

Siempre, en todas las ocasiones, México supo enfrentar los peligros, sin medir el tamaño del sacrificio sino -como dijo Benito Juárez en horas aciagas-: "El patriotismo no debe medir el tamaño de los sacrificios, sino afrontarlos con resignación." La lección primera nos la dio el joven Cuauhtemotzin, de quien venimos. Él fue quien nos enseñó que antes morir libres, que vivir esclavos. Todo estaba en contra. Las profecías decían que llegada era la hora de pasar de señores a vasallos; que el enemigo era invencible, que la lucha inútil, y el joven hijo de Ahuítzotl probó que mentían las profecías, y salió a su encuentro y mostró que como todos los hombres, morían, que no eran los tales dioses como se proclamaba. De las cenizas de Cuauhtemotzin vienen todos nuestros héroes, mártires, apóstoles, próceres. Cayó vencido; pero hay derrotas que son victorias: aquéllas que son en defensa de



la libertad. Todo aquél que murió en su defensa es héroe. Día de gloria aquél en que un hombre murió en defensa de la libertad, la justicia, la independencia.

Nuestra historia moderna, nuestra historia, en pluma de Ignacio Ramírez, se inicia con la Independencia, con Hidalgo y los otros mártires de su causa. Pero otro, Carlos María de Bustamante entre ellos, postula que sólo fue interrumpida su historia antigua. En el Congreso de Chilpancingo; Morelos dijo que Anáhuac recuperaba su soberanía usurpada. Nuestra historia es continuidad y hecho no interrumpido. Venimos de los tiempos más remotos, de los abuelos indios: de los que primero vislumbraron esta Patria que es México.

La historia de México no ha sido fácil ni venturosa. Difícil y desventurada ha sido. Hemos padecido agresiones, invasiones, intervenciones de muchos de los pueblos de la Tierra. Y siempre cuando algunos retrocedían o aceptaban como irremediable el avance de los poderosos, otro surge y toma como suya la defensa de la tierra, de su historia y de sus tradiciones. Hidalgo nos enseñó que el poder de los reyes es demasiado débil cuando gobierna contra la voluntad de los pueblos. Pueblo que quiere ser libre, lo será. Del cielo y del suelo nació el hombre que defiende el decoro nacional. Los pueblos tienen en forja o ya fraguado al hombre que cada ocasión necesita y reclama. Llama a la unidad nacional, al frente único en defensa de la tierra. Y la historia nos enseña que siempre que estuvimos unidos salimos triunfantes, alcanzamos la victoria que recompense las derrotas. En ocasiones, cuando todo parecía perdido, un hombre queda de pie, la bandera en el puño y el himno en los labios. Y mientras quede un soldado de pie, la Guerra no está perdida. Más de una vez ha ocurrido convertir la derrota en triunfo y en dicha la desdicha.

Una algarada de barrio convirtió a Agustín de Iturbide en emperador de México. El llamado consumador de la Independencia, la traicionaba. Como en ocasiones y en vista de lo inesperado del acontecimiento, una gran parte de México no sabrá qué camino tomar, en tanto que otros aceptaban como buena la situación cuando no se ocultaban para calcular el paso que se debiera dar. Todo, una vez más, parecía perdido. Todo, otra vez, irremediable. Pero también otra vez aparece el hombre que desafiando los mayores peligros proclama la verdad, en su tamaño, sin calcular los riesgos que siempre corrió el que la dijo y proclamó. El Diputado por Nuevo León, fray Servando Teresa de Mier, pide la palabra y declara una farsa la coronación y el Te deum en que se consagraba a Iturbide Emperador de México. Había sido nombrado miembro de la comisión que asistiera a Catedral. Agradezco -dijo más o menos-, el honor que se me hace, porque supongo que se me quiere honrar con ello, de nombrarme miembro de esta comisión. La declino, dijo, porque a nosotros los clérigos nos está prohibido presenciar comedias. Y ese fue el primer disparo contra el trono que se había levantado para que en él se encaramara Agustín de Iturbide. Estos hombres de apariencia inofensiva que andan entre nosotros sin que se les advierta, son capaces, llegada la hora, de estas tremendas verdades, de estas enormes verdades. Fray Servando padeció cárcel, persecución. Pero la causa de la Independencia volvió a su cauce. Pronto aquel trono levantado sobre barro se vino por tierra.

Sí. No ha sido fácil ni venturosa nuestra historia. Difícil y desventurada ha sido. Pero siempre México afrontó todos los peligros; puso al servicio de la Patria su vida y su muerte.



Un soldado tiene México en cada hijo. Y un héroe en cada soldado, agregó el humilde Manuel Acuña.

En otras encrucijadas nos puso la historia. De algunas pareció que no saldríamos y salimos: Guerras intestinas, guerras nacionales, guerra contra invasores, ésa ha sido nuestra historia.

A las desventuras estamos hechos. Afrontarlas es nuestra grandeza. No rehuirlas nuestra gloria. Cada episodio parece el último. Pero ha sido sólo el anuncio de nuevas calamidades. Tras el triunfo de la República contra el Imperio, México pareció volver a su camino, reanudar el hilo roto de su historia, pero no fue así, el enemigo no estaba vencido, sólo había perdido un episodio de su guerra. Adviene una larga dictadura. El pueblo mexicano vuelve a la lucha: a su sempiterna lucha en busca de la libertad y de la independencia. Estalla la Revolución de 1910, encabezada por Francisco I. Madero, un hombre desconocido la víspera. Una reencarnación de los héroes, apóstoles y mártires mexicanos: mártir de la democracia, se le llama. Los enemigos de adentro y los enemigos de afuera terminaron con el régimen democrático de Francisco I. Madero. Otra vez parecía que nuestros males no tenían remedio.

Cuando todo parece que se ha perdido; cuando parece que el hombre olvidó el orgullo y la voluntad de serlo; cuando todos callaron, el silencio suplantó a la palabra y la mentira a la verdad; cuando pareció que todos rindieron la frente y doblegaron la cerviz; cuando se creyó que toda lucha era inútil ante lo que se tuvo por invencible y por irremediable; entonces aquel hombre que la tierra habría creado aparece y salva el honor de un pueblo entero; habla por todos; acepta como suyo el sacrificio; pone en duda la supuesta verdad de los pusilánimes, anuda el hilo de la historia allí donde fije interrumpida. Es cuando Nación el héroe, el apóstol, el libertador, el mártir, el profeta. El poeta que con su canto levanta murallas para defender a la Patria.

De esta estirpe era Belisario Domínguez. Era chiapaneco, de Comitán; descendiente era de soldados que pusieron su espada en favor de la República. Era Médico de profesión, graduado en la Sorbona de París; era de la buena raza de los que aman a la humanidad, de los que toman por suyas las venturas y las desventuras de los hombres, en dondequiera que hayan nacido, y cualquiera el siglo en que alentaron. Amaba las letras, y las ejercía. Suya era la causa de México, no otra que la causa de la libertad, el progreso, el bienestar de todos. Muy temprano escribió la primera verdad, y con decirla una vez, jamás dejó de buscarla, y proclamarla cuando daba con ella. La verdad, siempre la verdad. Y aunque por decirla vaya de por medio la vida, nunca traicionarla, como escribió un gran desdichado. La verdad no murió porque se corte la lengua que la dijo. Vida y no muerte da la cicuta cuando se apura por la verdad y por la Patria. Vida inmortal alcanzan en la historia quienes, como el Senador Belisario Domínguez, la dijeron: se sirve a la Patria con el peligro y aun con la seguridad de perder la existencia. Su acción final, la que determina su sacrificio, no fue un hecho aislado, un paso desesperado, sino la culminación de una conducta ciudadana, la cúspide y cenit de una vida entregada apasionada y fervorosamente a la defensa



de la verdad, aunque por decirla se fuera quedando solo, fuera labrando su ataúd, cavando su propia sepultura.

“Decid siempre la verdad y sostenedla con vuestra firmeza entera... Nada de anónimos ni seudónimos”, escribió diez años antes de su muerte. ¿No está ya en esta sentencia el temple y la vibración que se advierten en los dos discursos que lo inmortalizan? Dijo la verdad sin veladuras. Con todas sus letras llamó a Victoriano Huerta asesino, traidor y carníceros; perjurio, falaz y demente. Así de sencillo, sin aspavientos, sin alardes. Y se quedó en espera, firme, seguro de que su sacrificio serviría a México. Si he de morir de cualquier muerte, “yo prefiero morir asesinado por Huerta, porque creo que de esta manera contribuyo a restablecer las libertades de mi Patria.” Dijo su verdad y cayó muerto.

Señor Presidente: nuestros mártires, apóstoles, héroes en asamblea, usted por testigo, renovemos hoy la promesa de luchar porque cada día México se acerque más a la Patria de los que primero la concibieron: libre, independiente, soberana, justiciera, democrática, una para todos.